

C. de B.

## Ecós culturales de Europa

EN TORNO A LA CULTURA HISPANA.

Hacía tiempo que no leíamos un libro tan jugoso y sugerente en torno a la cultura española, en sus más elevadas manifestaciones, que éste de Alberto Jiménez «Ocaso y restauración» (Ensayo sobre la Universidad Española Moderna), publicado por El Colegio de Méjico. Bien es verdad que la excepcional preparación de Jiménez para el caso le obligaba a mucho, dado lo que tanto sabemos acerca de la medida de su capacidad para las más nobles faenas culturales.

Sería necio ensayar a condensar en un extracto, obligadamente muy breve, el contenido preciso de «Ocaso y restauración», no obstante la modestia y limitación implícitas en su calificación de «ensayo». Adelantemos, simplemente, que se trata de una historia de la Universidad española moderna, desde el humanismo renacentista hasta nuestros días, en una primera elaboración realizada por alguien que vivió el problema con auténtica pasión y lucidez, cooperando directa y principalmente a algunos de sus más sazonados logros. Es natural, pues, que, en sus manos, incluso la erudición se transforme en materia viva, ofreciéndonos así no sólo un cuadro acabado en sus perspectivas—aunque falte más de un detalle—sino una instructiva in-

terpretación, que es riquísimo venero de temas de meditación para cuantos, por una razón u otra, se interesen por el tema.

A juicio de Alberto Jiménez, al terminar el siglo XVI se cierra la gran etapa humanista de las gloriosas Universidades de Salamanca y Alcalá. Y así comienza su decadencia, a partir de 1600, al volverse de espaldas a la cultura europea y encerrarse en su propia tradición. El proceso se acentuó a lo largo de la centuria siguiente, con el natural envilecimiento de las actividades propias. La rutina, las rencillas y las miserias del bizantinismo, substituyen al viejo espíritu humanístico, pleno de inquietud y de legítima ansia de saber y enseñar. Y la Universidad llegó a esterilizarse en tal forma para la cultura que cuando, más adelante, con los primeros Borbones, sopló un viento de renovación, los nuevos centros de enseñanza e investigación hubieron de instalarse fuera de su recinto. Los viejos colegios mayores, fuertes en sus privilegios, pero incapaces de renovarse, pasaron a constituir un efectivo peligro para la cultura, siendo batidos en brecha por la reforma de 1777, iniciándose así la última etapa en el proceso de su decadencia, que se consumó totalmente con la guerra de la Independencia española.

En rigor, la Universidad quedó más bien muerta que moribunda entonces, y durante todo el siglo XIX España no contó—en su agitación política—ni con un núcleo capaz de realizar su resurrección, ni con un gobernante de genio preparado para planearla. Y así llegamos, en penosa gestación, a la etapa extendida entre fines del XIX y los comienzos del XX, cuando de la Universidad libre, desvinculada de todo apoyo estatal—y no digamos de toda relación con lo oficial—se pasó a revitalizar la Universidad española con la Junta para Ampliación de Estudios, creada en 1907, coronación de los titánicos y abnegados esfuerzos de don Francisco Giner y el benemérito grupo que le acompañó en su lucha.

A contar de este período, nadie más autorizado hoy que Alberto Jiménez para describirnos con natural emoción los esfuer-

zos realizados, en la mejor senda, para elevar la Universidad española al rango que ya logró alcanzar inmediatamente después de la primera guerra mundial. Alberto Jiménez fué el creador, efectivamente, de la Residencia de Estudiantes, admirable superación, en las mejores orientaciones contemporáneas, del espíritu de los Colegios mayores de la mejor época. La desdichada guerra civil española cortó la marcha ascensional de aquélla y otras instituciones, siendo verdaderamente admirable la serenidad con que el autor, desde el exilio, supera la tragedia espiritual que para él—y tantos otros...—ha representado su voluntaria separación de la obra a que se habían consagrado por entero, encomendada hoy en gran parte a un equipo diferente.

#### EL «FEDRO» DE PLATÓN

«A tout seigneur, tout honneur». Y aunque el señorío de Platón sea tan excelso, no es menos cierto que la editorial Revista de Occidente ha sabido hacerle máximos honores encomendando una traducción del «Fedro» a María Araujo, con un prólogo positivamente trascendental de Julián Marías, para la colección de «Textos anotados». Las notas son también de María Araujo, y de calidad tan valiosa como la brillantísima traducción.

En este prólogo—que por sí solo constituye un tratadito de filosofía, de 96 páginas—Juan Marías realiza el no pequeño prodigio de no desmerecer de su propia «Introducción a la Filosofía». Tal es el interés que sabe imprimir a su estudio, al no reducirse al análisis de la doctrina del «Fedro» sino abarcar, en raudas síntesis, las esencias del platonismo y, para ello, las raíces vitales de la filosofía helénica. La grandeza del cuadro así presentado es sólo íntegramente captable cuando una mente tan lúcida y penetrante como la del joven filósofo español sabe perfilar las fuerzas históricas en que se incuba y desarrolla la filosofía preplatónica, hasta llegar a las cumbres del pensamiento griego,